

“De los peces”
p. 161-170

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la Antigua California.
Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



DE LOS PECES

Ya que la tierra de la California es poco fértil de frutos, suple el mar la falta de bastimentos con los muchos pescados que ofrecen entrambas costas: en una y otra es increíble su muchedumbre y su variedad.¹ Hablando de la bahía de San Lucas, dice fray Antonio de la Ascensión: “con los chinchorros y redes, que cada navío llevaba, cogieron mucho pescado de especies muy diferentes, y todo muy sabroso y sano. Y porque se sepa qué especies había, después diré las que yo vi: cogiéronse chernas, pargos, meros, cornudas, cazones, tiburones, mantas, licas, salmones, atrenes, esmeregales, sardinas, ostrones, rayas, chuchos, caballos, roncadores, barberos, bonitos, puercos, lenguados, sigueros, lagartijas y *ostiones de perlas*”.²

Y hablando de la bahía de San Francisco en la costa occidental, dice: “hay mucha abundancia de pescado que, con un chinchorro que llevaba la Almiranta, cada día se pescaba mucho más del que la gente podía comer ni aprovechar. De muchos géneros de pescado se cogieron, como fueron centollas, langostas, cazones, sargos, pargos, viejas, caballas, roncadores, bacalaos, guitarras, barberos, puercos, rayas y educos”.³ De otras partes cuenta la muchedumbre innumerable de sardinas, que solían quedar en la arena al tiempo de la resaca del mar, y tan regaladas, que ni en Laredo de España (donde entonces era grande y celebraban esta pesca, que hoy con suma utilidad vuelve a fomentarse) serían más sabrosas. Por aquí puede conocerse bien la abundancia de pescado en toda la costa exterior.

Concuera con estas noticias antiguas la experiencia moderna. Habiéndose reconocido por tierra aquella costa, se ha hallado en

¹ Como todos los que han conocido la realidad californiana, pondera aquí Del Barco la riqueza piscícola de sus mares.

² La cita la tomó Del Barco de *Noticia de la California*; véase Miguel Venegas S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943, v. I, p. 58.

³ *Idem*.

los esteros, que hay en ella, una multitud admirable de pescados de todas calidades y tamaños. Especialmente en el gran estero de la bahía de la Magdalena que, según dicen, tiene como diez leguas de largo, es casi increíble la abundancia de pescado. Los indios en éste y otros esteros pescan ya con redes y ya con atajar alguna parte del estero con palos y ramas cuando ha subido la marea; para que, al bajar ésta, se halle el pescado en poca agua. Y queda en tanta abundancia, que fácilmente cogen mucho. Como esta costa es muy brava es natural que los peces se retiren a los esteros y otros parajes algo abrigados de los violentos golpes de las olas, y que tanto más abundan allí cuanto escasean en la costa sin abrigo.

Pez mulier

El pez más raro, que en esta misma costa algunas veces se ha visto, es el que llaman *pez mulier* o *nereides*.⁴ El misionero de la nueva misión de Santa María, que, entonces, era el padre Victoriano Arnés, al tiempo de establecerla, en uno de sus viajes, halló en la playa, a los 31 grados de latitud, uno de estos peces ya muerto y seco: y le describió con estas palabras: “El pez mulier tenía la figura de una mujer de medio cuerpo arriba; de pescado común, de medio cuerpo abajo. Como lo hallamos seco y aplastado como un bacalao, no se pudo hacer mucha anatomía. No obstante, aparecía la cara, cuello, hombros y pecho blanco, como si llevara una cotilla, y tuviera descubiertos los pechos; aunque no me acuerdo si se distinguían los pezones. Lo demás estaba cubierto de escamas, y remataba en cola como otros peces. Su grandor sería de dos palmos, y a proporción de ancho, a semejanza del bacalao. No se descubrían brazos ni cabello. Le hallamos en la playa en diámetro opuesto a mi misión de Santa María, en el mar del sur, en una ensenada que se forma al fin del arroyo llamado Catabiñá”. Hasta aquí el citado misionero.

⁴ *Pez mulier*: curiosa noticia acerca de un fantástico pez que, según Del Barco, “algunas veces se ha visto”. Tanto debió impresionarle el testimonio, que en seguida aduce, del también misionero Victoriano Arnés, que llegó a incluir un dibujo —único en toda su obra— de la extraña criatura. Véase lo dicho en nuestro “Estudio preliminar” acerca de este pez, p. LXV-LXVI.

“Sobre lo cual se debe notar que si, aun estando seco, se distinguían las facciones de rostro humano, se puede inferir que, estando este pez fresco y vivo, las representarían con mucha mayor propiedad, y principalmente los pechos: cuando se sabe que, o la mucha ancianidad o muy prolija enfermedad consume y deshace los de las mujeres aún vivas.”

En la costa interior o del golfo no hay menos abundancia de toda suerte de pescados. De ésta, como más conocida y trajinada, podemos hablar con más individualidad. Hállanse en ella de los cetáceos: ballenas, delfines (conocidos en aquellos mares con el nombre de toninas), tiburones, cazones, y el formidable pez espada, que pocas veces se deja ver. No menos raro ni menos temible es el pez sierra, que se sabe, no obstante, que se halla en ese golfo. De los peces largos, o comunes hay: palometas, pargos colorados, pargos mulatos, curvinas, pámpano real, pámpano ordinario, cabrillas, robalos, lizas, meros, mojarras, cureles, chupas, agujas, sábalos, bagres, otra especie de pez sierra, dorados, voladores, pez gallo, gatas o sean lijas, roncadores, arenques, sardinas, guitarras puercos, corundas, caballas, botetes, viejas y otras varias especies, cuyos nombres no me ocurren a la memoria. De los peces planos se encuentran mantas, rayas, tortillas y el que los naturalistas llaman ouranóscopos: esto es *el que mira al cielo*;⁵ porque este raro pez, que es perfectamente redondo, y como un palmo de diámetro, siendo del todo plano, por la parte que asienta en el suelo y en la circunferencia de su orilla delgada cosa de medio dedo, va poco a poco engrosando por la parte superior hasta el medio, o centro, en donde ya es grueso como tres dedos: y en el mismo centro tiene un ojo sólo, pero grande como de buey, que siempre mira a lo alto. Y aunque tiene su párpado con qué cubrirle cuando quiere, cuando

⁵ Acerca de este extraño pez, escribe, por su parte, Clavijero: “En el golfo de California se ha pescado muchas veces el ojón, aquel singular pez plano que describimos en la *Historia de México* y que tiene en medio y en la parte más elevada del cuerpo un ojo del tamaño del de un buey. A este pez le vendría sin duda el nombre de *boeps* (ojo de buey), mejor que al que con este nombre coloca Lineo en el género *sparus*.” Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, Miguel León-Portilla (ed.), México, Porrúa, 1970, p. 41.

está muerto, queda el ojo enteramente descubierto, causando en quien mira lo extravagante de esta figura, no sólo admiración, sino alguna especie de horror.

MANTA⁶

La manta se llama así por ser de un cuerpo muy ancho, delgado y flexible a modo de manta o frezada. Dícese de este pez que, cuando descubre no lejos de sí a un hombre, que anda debajo del agua, como suelen los buzos, le acomete, le abraza y le envuelve con su mismo cuerpo estrechamente sin dejarle más volver arriba. Por eso, los buzos tienen gran miedo de la manta. Y como ellos están en el fondo con los ojos abiertos, y ven todo lo que allí hay, cuando advierten cerca de sí la sombra, que este formidable pez hace con su ancho cuerpo, interpuesto entre ellos y la superficie del agua, procuran hurtarle el cuerpo huyendo por otra parte. Y para todo evento van armados con un cuchillo, o con una estaca aguda, para picar con ella a la manta en caso que se acerque, con lo cual huye, y deja la presa, que ya miraba como suya.

Plinio, con las noticias que adquirió del mar de la India Oriental, tuvo algún conocimiento de la manta; y la describe con tal acierto que no deja razón de dudar de que habla de este pez.⁷ Si bien el mismo autor tiene por apócrifa esta noticia, y no cree la existencia de la manta, ni que los buzos vean su sombra en el fondo del mar, atribuyéndolo a un efecto de su fantasía, turbada con el susto de estar bajo el agua entre tantos peligros, que les representa ver sombra que no hay sino en su cerebro. Mas, en nuestros tiempos, en que los europeos tienen tan reconocidos los mares de una y otra India, y especialmente los de la Occidental, a nadie debe mover la autoridad de tan grave autor como Plinio

⁶ Manta o mantarraya: nombre con que se conoce en México a los peces *Ceratoptera vampyrus*, *Manta birostris* y otras especies. La mantarraya roja del golfo de California corresponde a la *Pteroplatea cerebripunctata*.

⁷ Al pie de página Del Barco escribe, como nota, lo siguiente: “Plinius, *Historia naturalis*, liber IX, cap. XLVI. Con el nombre de *nubes* o *nébula*, en el párrafo donde trata de la canícula marina.”



Dibujo del pez mulier incluido en el manuscrito del padre Del Barco. El texto, al pie, dice: “Los ojos muy blancos, el cuello y pechos blancos, la cola a modo de arco, boca y nariz chicas. El grandor, según me acuerdo, era más que de dos cuartas, pero esto se salva pues hay de todas las edades.” En la anotación arriba se lee:

“La del padre Tirs [sic].”



Dibujo preparado por el propio Ignacio Tirsch que se encuentra, con el folio 46r, en la colección de sus pinturas preservada en la Biblioteca Nacional 2020. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas de la República Checa
<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

para negar ni aun para dudar de la existencia del pez de que tratamos, siendo innumerables los testigos que deponen haberla visto en estos tres últimos siglos. Y en particular en el Golfo Califórnico son muchos los que cada año la ven.⁸ Y aunque concedamos que algunos de ellos no sean testigos fidedignos, no se puede dudar que otros muchos lo son, y que con sencillez cuentan lo que han visto. Siendo en todas partes tan uniformes sus testimonios, no puede prudentemente dudarse de su verdad, llegando ya a la clase de fe humana.

Ni tiene lugar lo que Plinio dice de la fantasía turbada con el miedo o la congoja, porque aunque ésta se concediera de los buzos bisoños, y aun de todos los primeros días de la temporada, en que cada año bucean, porque entonces, con la novedad de estar tanto tiempo sin respirar y de entrárseles el agua por los oídos, están medio aturridos y con dolor de cabeza; pero después que, a los tres o cuatro días, echan sangre por los mismos oídos, quedan con esto buenos, con la cabeza despejada y ágiles para su ejercicio. Y la continuación de éste les hace perder el miedo: están muy sobre sí en el fondo y, con los ojos abiertos, ven claro y distintamente todo lo que allí hay. Y así, cuando alguna manta anda entre ellos y la superficie del agua, no sólo ven su sombra en el fondo sino que no pueden dejar de verlo. Y advirtiéndolo que es, les sirve de aviso del peligro para declinarle. En algunas partes no ven manta alguna ni su sombra; en otras no la ven en muchos días y la descubren después, o porque casualmente cruzan por allí, o porque, habiendo reconocido que tienen ocasión de hacer alguna presa en los buzos, acuden no sólo una sino varias, con que queda infestado el paraje o placer, de tal suerte que los buzos se ven obligados a desampararle, estimando más su vida que las perlas que allí pudieran sacar. Todo esto prueba que no se puede dudar en nuestros tiempos de la existencia de la manta, ni de que vean los buzos sus sombras en el fondo del mar. Ni dudara de ello el mismo Plinio, si hubiera escrito su obra en éste o en el pasado siglo.

⁸ Inicia aquí Del Barco otra de las series de argumentaciones al modo escolástico, tan de su agrado.

*Ballenas*⁹

Los más notables peces de uno y otro mar son las ballenas, que dieron motivo a los antiguos cosmógrafos a llamar *Punta de Ballenas* a la California, y las cuales hoy día dan su nombre a una canal en el golfo y a una ensenada en el mar del sur, por las muchas que frecuentan ambos parajes. Los marineros comúnmente las llaman *ballenatos*; acaso porque, aunque muy grandes, no lo son tanto como las que se dice haber en otros mares.¹⁰ Los *tiburones* y los *delfines*, o *toninas*, son demasiadamente frecuentes en el golfo.

*Pez espada*¹¹

El pez espada pocas veces se deja ver. Tiene ese nombre por estar armado con una grande y fuerte espada como de cinco palmos de largo, y dos dedos de ancho. Por uno y otro lado es delgada a modo de espada de dos filos; y en medio gruesa, para mayor fortaleza. Por la parte que está pegada al pez, tiene el puño con su especie de guarnición; y por la extremidad opuesta remata en punta. Parece que el primer inventor y fabricante de espadas que hubo en el mundo, tuvo por modelo la que este terrible pez lleva en su cabeza, amenazando muertes y venganzas. Uno de éstos, no ha muchos años, acometió a un barco de la California con tal ímpetu que clavó la espada bien dentro de la madera, de suerte que después no la pudo arrancar, por más esfuerzos que para ello hizo, aunque fueron

⁹ Las escasas líneas que dedica Del Barco al tema de las ballenas —y en general a lo que toca a la fauna marina— confirman ciertamente lo que había manifestado a su superior, estando aún de misionero en la península: “De lo perteneciente al mar no sé. De las cuales regiones me destierra a mí casi completamente mi natural inclinación [...]” Carta del padre Miguel del Barco al padre procurador Ignacio Lizassoain, 25 de octubre de 1764, Biblioteca Nacional de México, *Archivo Franciscano*, 4/69.1.

¹⁰ Acerca de los cetáceos de los mares californianos, véase Charles M. Scammon, *The Marine Mammals of the Northwestern Coast of North America, together with an Account of the American Whale-fishery* (facsímil de la edición original), Nueva York, Dover Publications Inc., 1968.

¹¹ Pez espada: acatopterigio, de la especie *Xiphias gladius*, alcanza a veces 275 kilogramos de peso.

tales y tan violentos, que hizo estremecer el barco, que estaba dando fondo en la ensenada de Loreto y asustó a los marineros con un movimiento tan extraño e impensado. En fin, el pez entre estos afanes quebró su espada y, dejando una parte de ella clavada en el barco, huyó con lo restante, bien desairado de tan pesado lance.

*Pez sierra*¹²

El pez sierra, en lugar de espada, tiene en su trompa una fuerte sierra; pero sierra de dos cortes, esto es que, por uno y otro lado, está llena de dientes, y éstos más largos que los de una sierra bracara. El pez espada usa de su arma como estoque; mas el sierra juega la suya horizontalmente, moviéndola ya a la derecha y a la izquierda, con tal fuerza y violencia que, de un golpe, abre a un tiburón. La magnitud de esta arma, sierra, es como la que dejamos dicha de la espada, esto es, cosa de cinco palmos de largo y dos dedos de ancha, sin los dientes pues con ellos se la añade notable mayor anchura.

En cuanto a los peces largos o comunes, podemos en general decir que, aunque los de la costa occidental son muy buenos para comer, son aún más delicados y gustosos los de la costa oriental o del Golfo, haciendo el cotejo entre unas mismas especies de uno y otro mar. No hablaremos en particular de sus especies por ser bastantes conocidas sino sólo de alguna u otra que no lo son tanto

*Curvinas*¹³

Las curvinas son largas de tres palmos o poco más; pero el ancho no corresponde porque son angostas, y casi redondo su cuerpo. El color es de un morado que tira a negro. Su carne es de buen gusto. Son especiales en no tener escamas. Y mucho más en tener cada una en su cabeza dos piedras blancas que parecen de alabastro: largas, lo ancho de un dedo pulgar, y anchas, como la tercera parte.

¹² Pez sierra: del género de los *Istiophorus*, afín al pez espada.

¹³ Curvinas: del orden de los acatopterigios: *Cynoscium nebulosus*, *C. nobilis*.

Se ha experimentado que estas piedras son eficaz remedio contra la retención de orina; tomando la tercera parte de una, o en peso de tres granos, molida y bebiéndola en agua o en otra cosa. Si se toma en cantidad mayor de lo que conviene, se dice que laxa de tal suerte que después es difícil contener la orina. Asimismo esta piedra de curvina es eficaz contra el mal de piedra por contener fuerte virtud para deshacerla, tomándola en la dosis y el modo ya dichos.

*Botete*¹⁴

El botete es un pequeño pez de un palmo, o poco más de largo, y algo más grueso de lo corriente. Sus hígados contienen un veneno de los más activos; porque basta media hora para que quien los come muera entre dolores y convulsiones muy violentas, como lo prueba el lastimoso caso, que se refiere en la III parte de esta obra, capítulo IX,¹⁵ en que temerariamente hicieron la experiencia cuatro soldados muy a su costa. Lo cual, prueba también que no era vana la aprensión que los indios tenían de que los hígados del botete matan si se comen. Algunos de sus antepasados habían sin duda experimentado esta desgracia, y la noticia quedó para siempre por tradición en sus descendientes. En el tiempo de ese suceso, parece, según se cuenta, que los indios comían el botete y que sólo le quitaban los hígados, por saber que allí está el veneno. Mas en nuestro tiempo nada comen de este pez, quizá porque el caso de los soldados les hizo más advertidos y más recatados. Cuando con las redes han sacado, entre otros pescados, algunos botetes (como de ordinario sucede porque hay mucha abundancia de ellos), los dejan tirados en la playa: y los muchachos suelen entretenerse en rascarlos con la mano, o con un palito, como haciéndolos cosquillas; con lo cual el botete, que aún está vivo, se va hinchando notablemente a modo de una vejiga cuando la soplan. Entonces dejan caer sobre él una piedra, con que revienta dando un estallido semejante al de la vejiga cuando revienta con igual violencia.

¹⁴ Botete: plectognato de las especies *Spheroides* y *Chilomicetus*.

¹⁵ Referencia a la *Noticia de la California...*, t. II, p. 127.



Aun en lo interior de la tierra, en las pozas que forman los arroyos en algunos parajes y tienen agua permanente, hay muchos pequeños peces; de los cuales, los mayores son como dedos de la mano. Y si alguno excede de esto, es muy raro, y eso en pocos parajes: por lo común son mucho menores que dedos. Los cochimíes los llaman *kaguacan*. Son algo desabridos, no obstante también se comen a falta de mejor pescado. En las pozas, que a pocas leguas del mar forman algunos arroyos, se hallan, demás de los dichos pececillos, pelluques, y aun lizas que, en algunas grandes crecientes de tales arroyos, se cree que subieron del mar.¹⁶

¹⁶ La comparación de este capítulo, dedicado por Del Barco al tema de los peces, con el capítulo XIV, del libro I de la *Historia de la Antigua o Baja California* de Clavijero, muestra que éste último, si bien aprovechó lo escrito por Del Barco, reunió por su parte información más copiosa. Así, por ejemplo, proporciona descripciones de peces como el bagre, el dorado, las mojarras, etcétera, de los que Del Barco sólo menciona el nombre.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS